



## CAPÍTULO XI

En el que Periquillo cuenta cómo entró á ejercicios en la Profesa; su encuentro con Roque; quién fué su confesor; los favores que le debió, no siendo entre éstos el menor haberlo acomodado en una tienda

Inmediatamente que llegué á la portería de la Profesa dí el recado de parte del padre que iba á dar los ejercicios. El portero me preguntó mi nombre, lo dije; entonces vió un papel y me dijo: — Está bien, que metan su cama de usted. — Ya está aquí, le dije; la traigo á cuestras. — Pues entre usted.



Entré con él y me llevó á un cuarto donde estaba otro, diciéndome: — Este es el cuarto de usted y el señor, su compañero.— Diciéndome esto se fué, y yo, luego que le iba á hablar al compañero, conocí que era el pobre Roque, mi condiscípulo, amigo y fámulo antiguo. Él también me conoció, y después que nos abrazamos con la ternura imaginable, nos preguntamos recíprocamente y nos dimos cuenta de nuestras aventuras.

Admirado se quedó Roque al saber mis sucesos. Yo no me admiré mucho de los suyos, porque como él no había sido tan extraviado como yo, no había sufrido tanto, y sus aventurillas no habían pasado de comunes.

Al fin le dije: — Yo me alegro mucho de que nos hayamos encontrado en este santo claustro, y que los que algún día corrimos juntos por la senda de la iniquidad, nos veamos juntos también aquí, animados de unos mismos sentimientos para implorar la gracia.

—Yo tengo el mismo gusto, me dijo Roque, y á este gusto añadido la satisfacción que tengo de pedirte perdón, como de facto te lo pido, de aquellos malos consejos que te dí; pues aunque yo lo hacía por lisonjarte y granjearme más tu protección, hostigado por mi miseria, no es disculpa; antes debería haberte aconsejado bien, y aun perdido tu casa y amistad, que haberte inducido á la maldad.

—Yo poco había menester, le dije; no tengas escri-

pulo de eso. Créete que sin tus persuaciones habría siempre obrado tan mal como obré.

—¿Pero ahora tratas ya de mudar de vida seriamente? me dijo Roque. — Esa es mi intención, sin duda, le contesté; y con este designio me he venido á encerrar estos ocho días.

—Me alegro mucho, continuó Roque; pero, hombre, no sean tus cosas por la Virgen; ya somos grandes, y ya tú le has visto al lobo, no sólo las orejas, sino todo el cuerpo, y así debes pensar con seriedad.

—No me disgusta tu fervor, le dije; sin duda eres bueno para fraile, y te había de sentar lo misionero.

—No pienso en ser predicador, me contestó, porque no me considero ni con estudios ni con el espíritu propio para el caso; pero sí pienso en ser fraile, y por eso he venido á tomar estos santos ejercicios. Ya estoy admitido en San Francisco, y si Dios me ayuda y es su voluntad, pienso salir de aquí y entrar al noviciado luego luego.

—Me alegro, Roque, me alegro. Tú has pensado con juicio; aunque dice el refrán que el lobo harto de carne se mete á fraile. — Ese es uno de tantos refranes vulgares y tontos que tenemos, decía Roque. Aun cuando quisieras decirme que después que dí al mundo las primicias de mi juventud y ahora que tengo un pie en la vejez quiero sujetarme al claustro y vivir bajo obedien-



cia, no dirías mal; pero ¿acaso porque fuimos malos muchachos y malos jóvenes hemos de ser también malos viejos? No, Perico; alguna vez se ha de pensar con juicio; jamás es tarde para la conversión, y otro refrán también dice, que más vale tarde que nunca.

—No, no te enojas, Roquillo, le dije; haces muy bien; esto es una chanza; ya conoces mi genio, que naturalmente es jovial, y más con amigos de tanta confianza como tú; pero haces muy bien en pensar de esta suerte, y yo procuraré sacar fruto de tu enojo.

—¡Qué enojo ni qué calabaza! decía Roque; ya conozco que hablas con chocarrería; pero te digo lo que hay en el particular.

En esto tocaron la campana y nos fuimos á la plática preparatoria.

Concluidos los ejercicios de aquella noche entró el portero á mi cuarto, y me dijo de parte de mi confesor que después de la misa de prima en la capilla lo esperara en la sacristía. Leímos yo y Roque en los libros buenos que había en la mesa hasta que fué hora de cenar, y después de esto nos recogimos, habilitándome Roque de una sábana y una almohada.

Al día siguiente me levanté temprano; oí la misa de prima, esperé al padre y comencé á hacer mi confesión general, enamorándome más cada día de la prudencia y suavidad del confesor.

El séptimo se concluyó la confesión á satisfacción del confesor y con harto consuelo de mi espíritu. El padre me dijo que al día siguiente era la comunión general; que comulgara y no fuera á desayunarme á mi cuarto, sino á su aposento, que era el número 7, saliendo de la capilla sobre la derecha. Así se lo prometí y nos separamos.

Increíble será para quien no tenga conocimiento de estas cosas, el gusto y sosiego con que yo dormí aquella noche. Parece que me habían aliviado de un enorme peso ó que se había disipado una espesa niebla que oprimía mi corazón, y así era á la verdad.

Al día siguiente nos levantamos, aseamos y fuimos á la capilla, donde después de los ejercicios acostumbrados se dijo la misa de gracias con la mayor solemnidad, y después que comulgó el preste, comulgamos todos por su mano llenos del más dulce é inexplicable júbilo.

Concluída la misa y habiendo dado gracias, fueron todos á desayunarse al chocolatero, y yo, después que me despedí de Roque con el mayor cariño, fuí á hacer lo mismo en compañía de mi confesor, que ya me esperaba en su aposento.

¡Pero cuál fué mi sorpresa, cuando creyendo yo que era algún padre á quien no conocía sino de ocho días á aquella fecha, fuí mirando que era mi confesor el mis-



mísimo Martín Pelayo, mi viejo amigo y excelente consejero.

Al advertir que ya no era un Martín Pelayo á secas, ni un muchacho bailador y atolondrado, sino un sacerdote sabio, ejemplar y circunspecto, y que á éste y no á un extraño le había contado todas mis gracias, no dejé de ruborizarme; á lo menos me lo debió conocer el padre en la cara, pues tratando de ensancharme el espíritu me dijo: —¿Que no te acuerdas de mí, Pedrito? ¿No me das un abrazo? Vamos, dámele, pero muy apretado. ¡Cuántos deseos tenía yo de verte y de saber tus aventuras! Aventuras propias de un pobre muchacho sin experiencia ni sujeción. —Entonces nos abrazamos estrechamente, y luego me hizo sentar á tomar chocolate, y continuó diciéndome: —Toda vergüenza que tengas de haberte confesado conmigo, es excusada, cuando sabes que he sido peor que tú, y tan peor que fui tu maestro en la disipación. Acaso mis malos consejos coadyuvaron á disiparte, de lo que me pesa mucho; pero Dios ha querido darme el placer de ser tu director espiritual y de reemplazar con máximas de sólida moral los perversos consejos que te dí algunas veces.

Porque ese espíritu no se acobardara con la vergüenza, traté siempre de confesarte en lo obscuro, y tapándome la cara con el pañuelo; mas luego que logré absolverte quise manifestarme tu amigo. Nada de cuanto me

has dicho me coge de nuevo. Yo habré cometido todos los crímenes que tú; ante Dios soy delincuente, y si no me he visto en los mismos trabajos y me he sujetado un poco más temprano, ha sido por un efecto especial de su misericordia. Conque así, no estés delante de mí con vergüenza. En el confesonario soy tu padre, aquí soy tu hermano; allí hago las veces de juez, aquí desempeño el título de amigo, que siempre he sido tuyo, y ahora con doble motivo. En vista de esto me has de tratar aquí como aquí, y allá como allá.

Fácil es concebir que con tan suave y prudente estilo me ensanchó demasiado el espíritu, y comencé á perderle la vergüenza, mucho más cuando no permitió que le hablara de usted sino de tú como siempre.

Entre la conversación le dije: —Hermano, ya que te he debido tanto cuanto no puedo pagarte y me has dicho que el caballo, la manga, el sable y todo esto debo restituirlo, te digo que lo deseo demasiado, porque me parece que tengo un sambenito, y temo no me vaya á suceder con esto otra burla peor que la que me sucedió con la capa del doctor Purgante. Cierto es que yo no me robé estas cosas; pero sea como fuere, son robadas, y yo no las debo tener en mi poder un instante.

Yo quisiera quitármelas de encima lo más presto y ponerlas en tu poder, para que, ó avisando de ello en la Acordada, ó al público por medio de la Gaceta ó de cual-